

punto cómo el Señor mostró además en el misterio de la Encarnación su inmensa sabiduría en inventar un modo cómo juntar cosas tan distantes como son Dios y hombre, Eterno y temporal, impasible y pasible, y en dar traza para desatar el nudo difícilísimo de nuestras culpas, perdonándolas la divina misericordia, sin perjuicio de la justicia. Mostró también la omnipotencia, en hacer por el hombre lo sumo que podía, en razón de honrarle y enriquecerle; porque entre todas las cosas divinas, ninguna hay mayor que hacerse Dios hombre. Por último, mostró su santidad y todas sus virtudes, imprimiéndolas en Dios humanado para que fuese dechado visible de todas, animándonos con su ejemplo á imitarlas, y ayudándonos con su gracia á procurarlas, sin que haya quien pueda excusarse de ello. Porque si Dios ama á los prójimos, ¿quién no los amará? Si Dios hace bien á sus enemigos, ¿quién hará mal á los suyos? Si Dios se humilla, ¿quién se ensoberbecerá? Si Dios padece y sufre, ¿quién será impaciente y mal sufrido? Y si obedece Dios, ¿cómo no obedecerá el hombre? Pondera cómo todas estas perfecciones que resplandecen en esta obra, son motivos poderosísimos que deben moverte á alabar á Dios cada día, con deseo de amarle y servirle con la mayor perfección que te fuere posible. Y como la prueba del amor son las obras, has de mostrarlo imitando sobre todo las virtudes que Dios encarnado ejercitó en el mundo para nuestro ejemplo. ¡Oh, Trinidad beatísima! ¿Qué gracias os daré por haber descubierto con esta obra las infinitas grandezas que teníais encubiertas en vuestro pecho? ¿Qué os daré que no sea poco por dádiva tan soberana? ¿Cómo os amaré y serviré por ella? Heme aquí dedicado á vuestro servicio, con deseo de amaros como me amasteis, y de imitar las virtudes que me descubristeis. Y pues me habéis dado lo que es más, dadme también lo que es menos; dándome que os ame por el don infinito que me disteis. ¿Cómo hemos de mostrar el amor que tenemos á Dios? ¿En qué virtudes hemos de imitarle?

Epílogo y coloquios. ¡Oh invenciones soberanas de la sabiduría y bondad de nuestro Padre! Deseando sacar á sus hijos de la esclavitud del demonio en que se hallaban, inventa un medio tan inaudito, que aunque todos los entendimientos angélicos lo hubieran estado pensando por toda la eternidad, jamás lo habrían adivinado. No fía este negocio á otro, sino que lo reserva para sí; ni quiere que la misericordia deje de obrar la obra mayor que podía realzar, ni consiente que la justicia abdi-que uno solo de sus derechos. El mismo Dios se hace hombre, para poder cargar sobre sí los pecados de los hombres y pagar por ellos el precio infinito de sus satisfacciones divinas. ¡Cuán bien se descubre en todo esto la bondad, la caridad, la misericordia y la justicia de Dios! ¡Cómo resaltan su sabiduría infinita, que halla un medio para unir en una sola persona la humanidad y

la divinidad; su omnipotencia soberana, que logra unir extremos tan distantes como son Dios y hombre, Criador y criatura, infinito y limitado en un solo supuesto! Y todo esto lo ejecuta Dios para bien de los hombres, esto es, de aquellos que pecaron pretendiendo usurparle su sabiduría, su grandeza y el reino universal sobre todas las criaturas. Pues, ¿cómo no salimos de nosotros meditando todo esto? ¿Cómo nos atrevemos á ofender á un Señor tan benéfico? ¿Cómo no tememos á un Dios tan justo? ¿Cómo no temblamos ante un Dios tan poderoso y sabio? ¿Cómo no amamos á un Padre tan amoroso? ¿Qué contesta á todo esto nuestro corazón? ¿Qué debemos reformar en nuestra conducta, en orden á Dios nuestro Señor? Examinémoslo, propongamos y pidamos con fervor y confianza.

30.—INFINITA CARIDAD DE DIOS EN LA ENCARNACIÓN.

PRELUDIO 1.º Descúbrese la caridad de Dios en este misterio, ya en la persona que amó á los hombres, ya en el don que les dió, ya en el fin para que lo dió.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesucristo diciendo: «De tal modo amó Dios al mundo, que dió por él á su Hijo unigénito».

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de conocer y agradecer la caridad divina en el misterio de la Encarnación.

Punto 1.º Excelencia de la caridad por la persona que nos ama.—Considera aquí la infinita grandeza de la persona que nos amó y nos hizo este soberano beneficio, y la infinita vileza del que es amado, comparando lo uno con lo otro. Pondera cómo el origen de este soberano beneficio fué la infinita caridad y amor de Dios, el cual, para su provecho y bienaventuranza no tenía necesidad de amar á nadie fuera de sí mismo, porque con sólo verse y amarse es infinitamente bienaventurado. Con todo; de pura gracia quiso amar á las criaturas, y hacerlas bien solamente porque es bueno, y por mostrar en ellas las riquezas de su bondad y misericordia, como dijo san Pablo¹. La cual resalta inmensamente más si se considera que el amado es el mundo, esto es, la muchedumbre de los hombres pecadores que pecaron en Adán, y de él contrajeron la mancha de la culpa original, y después, por su propia voluntad, cayeron en gravísimos pecados actuales, por los cuales eran indignísimos de ser amados, y merecían sumamente ser aborrecidos. De suerte que, no sólo amó Dios á los hombres cuando no eran, y, por consiguiente, ni eran amigos ni enemigos, sino también los amó cuando eran enemigos rebeldes, y desagradecidos á otros innumerables beneficios que les había hecho, para descubrir con esto los infinitos tesoros de

¹ Ephes., II, 4.

su misericordia y caridad. Para penetrarte más de la excelencia de esta caridad, compara lo que Dios hace en el cielo con lo que los hombres hacen en la tierra, y verás que Dios ama al mundo que le aborrece, y el mundo aborrece al Dios que le ama. El mundo se emplea en ofender á Dios, y Dios desea emplearse en hacer bien al mundo; y admírate de la maldad abominable del mundo y de la infinita bondad y caridad de Dios. ¡Oh Dios de infinita majestad! ¿Cómo os dignáis de amar á un mundo de infinita vileza? Pues conocéis quién es el mundo, ¿cómo no le aborrecéis? ¿Cómo no le hundís y aniquiláis? Bendita sea vuestra inmensa caridad, en cuyo seno cabe amor de tan ingrata criatura. Mostradla, Señor, conmigo en hacer que os ame como me amáis y os sirva como merecéis. ¿Es posible que no amemos á un Señor que tales títulos reúne, que le hacen infinitamente amable? ¿Cómo le mostramos nuestro amor?

Punto 2.º *Grandeza del don que nos ha concedido el Señor.*—En este punto has de considerar la grandeza del don que Dios dió al mundo, que fué su Hijo unigénito. Pondera cómo el amor de Dios no es amor de solas palabras y buenas razones, sino de obras, haciendo bien á los que ama, y cuanto más ama, tantos mayores bienes da al amado. Por lo cual, para mostrar la grandeza de su amor, nos dió la cosa más preciosa que podía darnos, que es su mismo Hijo, de igual dignidad con su Padre y un mismo Dios con Él, queriendo que se hiciese hombre como nosotros, para que dentro de un hombre morase la plenitud de Dios, de la cual todos participasen¹. Y á esta causa Jesús, queriendo encarecer la grandeza del amor de Dios, dijo: «De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito»; como quien dice: no pudo amarle más que en darle á su Hijo natural, el unigénito y solo. Pondera además á quién se dió don tan precioso, que es á un mundo perverso, ingrato y desconocido, y tan obcecado, que viniendo este gran Unigénito de Dios á vivir en él, no le conoció², ni le estimó, ni le reverenció como debía; ni supo agradecerle la honra y el bien que de Él recibía. Y así, comparando lo que Dios hace por los hombres, que es darles á su Hijo, y lo que los hombres hacen contra Dios, que es ofenderle y desconocer su don, has de admirarte grandemente de la infinita caridad de Dios, deseando amarle muy de veras por esta merced, procurando mostrar con obras tu amor; y así como Dios te dió el único Hijo que tenía, así tú le has de dar la única alma que tienes, y tu único corazón, empleando tu memoria, entendimiento y voluntad, con todos tus sentidos y potencias, en amar y servir á tal Padre, que dió tal Hijo á tal mundo. ¡Oh Padre Eterno! Gracias os doy cuantas puedo por el infinito amor que nos tuvisteis, dándonos la cosa más amada y preciada que teníais. Deseo

¹ Colos., II, 9. — ² Joan., III, 16. — ³ Joan., I, 10.

amaros como me amáis, dándoos la cosa más preciosa que en mí tengo: recibid mi corazón en prenda de este amor, para que de hoy más no os ame con solas palabras y lengua, sino con obras y con verdad¹, buscando siempre vuestra gloria, sin mezcla de cosa profana. ¿Qué damos nosotros á Dios en retorno de lo que Él nos ha dado? ¿Hay en nosotros alguna cosa que no sea para Dios? ¿Reservamos algo para nosotros mismos?

Punto 3.º *Fin por el que dió Dios á su Unigénito al mundo.*—Considera aquí el fin para que Dios dió al mundo este Hijo unigénito, y los infinitos bienes que de este don resultan á los hombres. En lo cual has de ponderar cómo el Hijo de Dios vino al mundo, como Él mismo dijo, para salvar al mundo² con una perfectísima salvación, la cual consiste en dos cosas. La primera, en quitarle todas las cosas que son causa de que perezca y se condene, perdonándole los pecados, librándole de la esclavonia del demonio y de la cárcel eterna del infierno, y de todas las demás miserias que andan anejas con la culpa y son causa de volver á ella. La segunda, en darle la vida de la gracia, con todas las virtudes sobrenaturales que la acompañan, y después la vida eterna. En cuyas dos cosas se encierran otras innumerables en número é infinitas en grandeza. Finalmente: para echar el sello á la excelencia de este beneficio, quiere Dios que se extienda á todos los hombres del mundo, de cualquier estado y condición que sean, sin excluir, cuanto es de su parte, á ninguno de cuantos quisieren creer en Él con viva fe, los cuales no perecerán, sino que todos alcanzarán la vida eterna. Y siendo esto así, también á ti se extiende este beneficio, y puedes aplicar á ti todas estas palabras, diciendo con toda verdad: «Así me amó Dios, que me dió á su Hijo unigénito, para que, creyendo en él con viva fe, no perezca, sino alcance la vida eterna.» ¡Oh Hijo unigénito del Padre! ¿Qué gracias os daré por haber venido al mundo para librarnos de tantos males y llenarnos de tantos bienes? Vos perdonáis nuestros pecados, despojáis el infierno, abris las puertas del paraíso, vencéis al demonio, triunfáis del mundo, domáis nuestra carne, atajáis nuestros peligros, consoláis nuestras tristezas, aviváis nuestras obras, aumentáis nuestros merecimientos, nos dais perseverancia en vuestra gracia, y después nos coronáis con vuestra gloria. Bendito sea el Padre que nos dió tal don; bendito seáis Vos que vinisteis á remediarnos. ¿Por qué no somos agradecidos á tamaños favores? ¿Cómo se los pagaremos á Dios? ¿Qué exige actualmente de nosotros?

Epílogo y coloquios. ¡Con qué energía y viveza declaró Jesús el amor de su Padre al mundo! «De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito Hijo para que el que crea en Él no perezca, sino posea la vida eterna.» ¿Qué más podía decir-

¹ I Joan., III, 18. — ² Joan., XII, 47.

se para declarar el amor infinito de Dios al mundo? Dios, el Infinito, el Eterno, el Omnipotente, que de nadie necesita, que se basta á sí sólo, que, si dió el ser á las criaturas, no fué porque esperase algo de ellas, sino para hacerlas bien, se dignó amar á un mundo ingrato, rebelde, obstinado en perseguirle, deseoso de destronarle; á unos hombres que, viéndose ricos con los dones que Él les había dado, se los apropian y no quieren reconocer la dependencia que de Él tienen. ¡Oh caridad admirable! Pero esta caridad no es de solas palabras, sino de obras. Si por los efectos se conoce la causa, si por el don se deduce el amor de donde procede, siendo el don que el Señor nos ha dado un don infinito, cual es su mismo Hijo, infinito será el amor. ¡Y da Dios su Unigénito á un mundo que le recibirá en un establo de animales y le despedirá en un patíbulo, y durante su vida no cesará de perseguirle! Pero, ¿para qué nos da Dios un don tan soberano? Para nuestra salvación; para que nos libre de los pecados y nos conceda la divina gracia, y con ella todo cuanto necesitemos para nuestra felicidad temporal y eterna. ¡Qué ingratitud la de aquellos que no quieren reconocer el don de Dios! ¿Qué hacemos nosotros? ¿En qué se conoce nuestro agradecimiento al Señor? ¿En qué cosas y cuándo debiéramos mostrarla? Pensémoslo, resolvamos y pidamos fervientemente por nosotros, por la conversión de los infieles y pecadores, por la santa Iglesia y demás fines acostumbrados.

31.—TIEMPO DE LA ENCARNACIÓN.

PRELUDIO 1.º Dispuso el Padre con admirable providencia enviar á su Unigénito al mundo en la mitad de los tiempos.

PRELUDIO 2.º Representémonos á la Santísima Trinidad en sublime consejo, decretando la Encarnación del Verbo.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de aprovecharnos de este beneficio.

Punto 1.º *En el principio del mundo fué prometido el Redentor.*—Considera cómo Dios nuestro Señor, luego que Adán y Eva pecaron, quiso revelarles el misterio de su Encarnación¹ en remedio de su pecado y de las penas que por él habían merecido, para mostrar en esto la grandeza de su caridad y misericordia con los hombres. La cual resplandeció primeramente en que viniendo como juez á tomar cuenta á Adán y Eva de su desobediencia, y á declararles la sentencia de muerte en que habían incurrido por ella, juntamente, como Padre misericordioso, les promete, no sólo hacerse hombre por ellos, sino morir para librarlos de la muerte; pretendiendo con esto que con la fe de este Remediador no desconfiasen de la divina misericordia ni del perdón de su pecado, sino que luego lo procurasen con la penitencia, doliéndose de haber ofendido á quien tanto amor les mos-

¹ Genes., III, 15. — ² S. Thom.

traba. De suerte que cuando Dios echa á nuestros padres del paraíso terrenal, les promete quien les abra las puertas del paraíso celestial; y cuando les carga de maldiciones por la culpa, les ofrece el Autor de todas las bendiciones. Resplandeció también la infinita misericordia de Dios en no dilatar esta promesa de nuestro remedio muchos días, ni aun horas, sino en el mismo día que pecó Adán vino á darle aviso de su yerro y de su remedio, porque desea grandemente que el pecador, ya que peca por flaqueza, no se detenga ni un solo día en su pecado, por el grande daño que de ello le resulta, sino que luego se convierta y haga penitencia. Por lo cual tú, si tienes la desgracia de caer en pecado, al sentir que Dios en su bondad, en lugar de castigarte con justicia, te previene con inspiraciones para que salgas de la culpa, has de darle gracias, y levantarte el mismo día de él por medio de la penitencia. ¡Oh Padre de misericordias! Gracias os doy, porque en medio de vuestra ira os acordáis de vuestras bondades¹ infinitas; y cuando todos los hombres, por el Adán primero, merecíamos ser malditos, nos prometisteis el Adán segundo, por quien fuésemos benditos. Mostrad, Señor, conmigo esta misericordia, librándome de las maldiciones que merezco por mis pecados, y llenándome de las bendiciones que vuestro Hijo me ganó con sus merecimientos. ¿Comprendemos ahora el exceso de la misericordia divina? Y ¿no amaremos á un Señor tan misericordioso? ¿No procuraremos salir presto del pecado, si alguna vez cayéremos en él?

Punto 2.º *Conveniencia del tiempo en que se ejecutó la Encarnación del Hijo de Dios.*—En este punto has de considerar la conveniencia del tiempo que escogió el Señor para ejecutar el decreto de la Encarnación de su Hijo, para que brillase más su misericordia infinita. Para esto, levanta los ojos al cielo, y mira á la Santísima Trinidad en el trono de su gloria, dando las trazas para remediar al hombre caído por medio de la Encarnación del Verbo. Así como en la creación dijeron²: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza»; así dirían ahora: Remediamos al hombre que criamos, reparando la imagen y semejanza que le dimos. ¡Oh qué gusto tan grande tendrían en esta plática! ¡Qué alegría por haber llegado el tiempo de ejecutar su determinación! Y ¡qué regocijo en apercibirse cada persona para lo que de esta obra le tocaba! Baja luego tu vista, y mira lo que en este tiempo pasaba en el mundo, el cual había llegado al abismo de las maldades. Los gentiles habían crecido tanto en las idolatrías, que se hacían adorar como dioses. Los judíos estaban llenos de hipocresías, avaricias, ambiciones y otros innumerables pecados. La tierra estaba toda anegada con un diluvio de inmundicias y carnalidades, alcanzándose, como dice Oseas³, una ola de

¹ Habac., III, 2. — ² Galat., IV, 4. — ³ Genes., I, 26. — ⁴ Osee., IV, 2.

sangre á otra. Todo esto veía Dios desde el cielo ¹, y no sólo no fué causa para que dilatase su determinación, sino que, cuando había de mostrar más su ira ², se acordó de hacernos mayor misericordia, anegando al mundo, no con un diluvio de agua ó fuego, como merecía, sino con un diluvio de misericordia y amor. ¡Oh caridad infinita, que no pudieron apagar ni disminuir tantos ríos de iniquidad y pecado, antes bien la hicieron dar mayores muestras de amor al que más indigno era de él! Gracias os doy, ¡oh amantísimo Señor!, por esta caridad que nos mostrasteis, por la cual os suplico que, si yo, como malo, mereciere vuestra ira, Vos, como bueno, no dejéis de favorecerme con la grandeza de vuestra misericordia. ¿Comprendemos el admirable contraste entre la bondad de Dios y la malicia del mundo? ¿No ha pasado y pasa aún con nosotros este contraste?

Punto 3.º *Causas por que se difirió la ejecución de la Encarnación.*—Aquí has de considerar las causas porque el Verbo divino difirió por cuatro mil años su venida al mundo. La primera es para que en este tiempo los hombres, por la experiencia de sus innumerables y gravísimos pecados, conociesen la extrema necesidad que tenían de su Remediador, el cual, como venía del cielo para médico de nuestras dolencias, aguardó á que creciesen y se manifestasen, para que también se manifestase su infinita sabiduría y omnipotencia en curar tan graves enfermedades con tan proporcionados remedios. Y así, cuando por la soberbia el hombre se hacía dios, Dios, con infinita humildad, se hizo hombre; y cuando la codicia todo lo avasallaba, Dios se hizo pobre; y cuando la sensualidad todo lo dominaba, Dios se abrazó con la cruz y murió en ella. Otra causa de esta dilación fué porque quiere Nuestro Señor que sus dones, especialmente cuando son muy grandes, sean estimados, pedidos y solicitados con oraciones y gemidos, como lo hicieron todo este tiempo los Padres que estaban en el limbo y los justos que vivían en la tierra; y de camino, probaba con esta dilación la confianza y paciencia de los justos, á quien estaba hecha promesa, porque es heroica virtud no perder la confianza cuando se dilata mucho el cumplimiento de la promesa. Conforme á estas dos causas, suele Dios nuestro Señor permitir que sus escogidos padezcan largos desamparos y tribulaciones, retardándoles el remedio, parte por aumentar su confianza y avivar sus deseos, y parte porque conozcan más su propia necesidad y lo poco que pueden sin los auxilios de Dios. ¡Oh Médico soberano! Gracias os doy por haber venido en tal coyuntura á curar nuestras llagas con tan preciosa medicina, y por haber retardado la curación del mundo para el tiempo en que vuestra misericordia fuese más patente y nuestra necesidad más manifiesta. Mirad, Señor, que han crecido mucho mis llagas; nó

¹ Psalm. xiii, 2. — ² Habac., iii, 2.

dilatéis más el remediarlas, para que se descubra en mí la grandeza de vuestras misericordias. Y nosotros, ¿nos quejamos cuando el Señor tarda en ayudarnos? ¿Aumentamos entonces nuestra confianza? ¿Avivamos los deseos?

Epílogo y coloquios. ¡Cómo resplandece la misericordia divina en el misterio de la Encarnación, si se considera el tiempo que escogió el Señor para prometerlo y para ejecutarlo! Apenas nuestros primeros padres acababan de caer en el lazo del demonio, se presenta el Señor, como Juez soberano, para imponerles el castigo, arrojándolos del paraíso; pero en el mismo tiempo ya les descubre los secretos de su misericordia y los intentos paternales que abrigaba su corazón. Ciérrales el paraíso terrenal, pero les promete quien les abra el celestial; les declara incursos en la sentencia de muerte, pero les asegura la venida de Aquel que les ha de dar la vida eterna. ¡Oh misericordia de Dios, cuán digna eres de toda alabanza! Mas, ¿cuándo dispone Dios la ejecución del decreto de su Encarnación? ¡Ah! Precisamente cuando el mundo estaba más apartado de Él; cuando ya todos los hombres, judíos y gentiles, griegos y bárbaros, se habían declarado en abierta rebeldía contra su Dios. No quiere que sea antes, para que el mundo se convenza de su propia necesidad, y para que se aumente la confianza y crezcan los verdaderos adoradores del Señor. ¡Qué documento tan importante! Si lo consideramos atentamente, ¿dejaremos de confiar en la misericordia de Dios? ¿No alabaremos la bondad de este amabilísimo Señor? ¿No avivaremos los deseos de obtener su protección y auxilio? ¿Cómo nos haremos dignos de este favor? ¿Son nuestras obras tales, que merezcan las benignas miradas de Dios? ¿Puede este Señor estar contento de nosotros? ¡Qué confusión, si bien nos examinamos! Volvamos sobre nosotros mismos, propongamos lo que quisiéramos haber hecho aquel día en que el Señor nos pida cuenta del beneficio de la Redención; y para cumplir nuestros propósitos, pidamos gracia al Señor y roguemos por todo lo demás.

32.—CONDICIONES DEL CUERPO QUE TOMÓ EL VERBO ENCARNADO¹.

PRELUDIO 1.º La Santísima Trinidad se alegró en la Encarnación, y el Verbo tomó un cuerpo pasible en estado de niño.

PRELUDIO 2.º Representémonos á la Santísima Trinidad mirando con gozo el cuerpo sacrosanto de Jesús.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de sufrir por Dios todo lo que su Majestad disponga.

Punto 1.º *Alegría de la Santísima Trinidad en la Encarnación del Verbo.*—Luego que la Virgen consintió en ser Madre del Mesías, el Espíritu Santo formó de su sangre purísima un

¹ Las meditaciones que aquí se echen de menos acerca de la Encarnación, se hallarán en la serie de las de la Virgen Santísima.

cuerpo perfectísimo, y crió una alma racional excelentísima, y los juntó entre sí y con la persona del Verbo eterno, quedando Dios hecho hombre ¹ y el hombre Dios. Pondera aquí el grande contento de toda la Santísima Trinidad en ver cumplida su promesa y en haber hecho esta muestra de su omnipotencia y de su bondad y caridad. El Padre Eterno se alegró por habernos dado á su Hijo, amándole con amor infinito y agradándose en este Dios-niño sobre todo lo criado; pues, como dice santo Tomás, mucho más ama Dios á solo Cristo que á todos los ángeles y hombres y á todas las criaturas juntas; y más se goza en mirarle, que en mirar á todo el resto de lo criado y por criar. El Verbo eterno tuvo infinito gozo en verse hecho hombre, y comenzó á amar con amor entrañable á aquella Santísima Humanidad, abrazándola consigo, con propósito de no dejar lo que una vez tomó, y por su respeto desearía abrazar y meter dentro de sus entrañas á todos los hombres, como deudos suyos. Finalmente: el Espíritu Santo tuvo grande contento en haber hecho esta obra, que se atribuye á Él, por ser propio de esta persona la bondad y amor; y entonces parece que hartó su deseo, habiendo hecho la suprema obra de amor que podía. Por lo cual dijo Isaías ² que saldría una vara de la raíz de Jesé, y de ella una flor, sobre la cual descansaría el divino espíritu; porque en este Verbo eterno encarnado, figurado por esta vara y flor de Jesé, halló el Espíritu Santo descanso y gozo perpetuo, como en la cosa que más amaba. ¡Oh Trinidad beatísima! Gózome del gozo que tenéis por una obra en que tan admirablemente se descubren vuestras grandezas soberanas. Por este gozo os suplico me deis parte en los bienes que nos ha merecido el Verbo encarnado, de modo que en este mundo y en el otro mi gozo sea lleno, y nadie pueda privarme de él. ¿Nos gozamos nosotros de este misterio tan glorioso y útil para nosotros? ¿Nos aprovechamos de él?

Punto 2.º *Causas porque quiso Jesús que su cuerpo fuese pasible y mortal.*—Considera cómo el cuerpo del Hijo de Dios fué pasible y mortal para nuestro bien, debiendo ser naturalmente impasible é inmortal, principalmente por dos causas. La primera, porque Cristo nuestro Señor fué totalmente libre de la culpa original, no por privilegio, sino por derecho, por ser Hijo de Dios natural, y por haber sido concebido, no por obra de varón, sino por virtud del Espíritu Santo. Y, por consiguiente, no le tocaba la pena de la mortalidad y pasibilidad, debida al pecado original; pero, con todo, quiso este Señor, para mostrar su humildad y caridad, dejar la culpa y tomar la pena; y sin ser pecador, tomar, como dijo san Pablo ³, carne de pecador, sujeta á todas las penalidades y miserias que tienen los pecadores, para pagar con su muerte y con sus penas nuestras culpas. La segunda causa

¹ Joan., 1, 14. — ² Isai., xi, 1. — ³ Rom., viii, 3.

porque el cuerpo de Cristo había de ser impasible é inmortal, es porque su alma era gloriosa y bienaventurada; y así, por derecho, había de tener su cuerpo las cuatro dotes de gloria que tiene ahora en el cielo, que son claridad, impasibilidad, sutileza y ligereza; mas con todo eso, quiso este amorosísimo Señor hacer este nuevo milagro y renunciar este derecho, privándose de estas dotes de gloria, y vistiéndose de mortalidad é ignominia, con las demás miserias nuestras, para que su cuerpo, como Él mismo dijo, fuese apto ¹ para ser hostia y sacrificio por nuestros pecados en el ara de la cruz. ¡Oh Señor amantísimo! Bendito y alabado seáis mil veces por la caridad que mostrasteis en hacer milagros para poder morir, y en renunciar todo lo que os podía excusar de padecer. ¡Oh, cuán confuso y avergonzado estoy viendo las ansias con que huyo los trabajos, pidiendo á veces milagros para librarme de ellos! Deseo, de hoy más, renunciar todo lo que fuere honra y regalo, por imitaros en padecer ignominia y tormento. ¿Abrigamos nosotros estos deseos? ¿Estamos dispuestos á sacrificar por Dios nuestra paz, reposo, honra y todas las cosas?

Punto 3.º *Causas porque quiso Dios hacerse niño.*—Aquí has de considerar las causas porque quiso Dios hacerse niño, pudiendo tomar un cuerpo de varón perfecto, como formó el cuerpo de Adán. La primera fué para hacerse, como dice el Apóstol ², semejante en todo á sus hermanos los hombres, y obligarlos con esto á que le amasen más tiernamente. La segunda fué para darnos ejemplo de humildad y aficionarnos á ella cuando viésemos con los ojos de la fe al Dios de la majestad hecho niño pequeño; y al que no cabe en cielo ni tierra, estrechado en el seno de una mujer. De lo cual has de sacar afectos de admiración é imitación, admirándote que un Dios tan grande así se haya empequeñecido, y deseando imitar la humildad que en esto resplandece. La tercera causa fué para entrar en el mundo dándonos ejemplo de paciencia y mortificación muy perfecta, sufriendo una cárcel horrible, oscura y estrecha de nueve meses, sin poderse mover, ni menear pie ni mano, ni ver, ni oler, ni gustar cosa alguna. Y aunque los otros niños no sienten la apretura en que están en el seno materno, por no tener uso de razón; pero este niño benditísimo, como le tenía muy perfecto, sentía y sufría de buena gana aquella cárcel y mortificación de sentidos para librarnos de la cárcel eterna, y para pagar la libertad y desenvoltura de Eva, que salió á pasear por el Paraíso y miró la fruta del árbol y la gustó, contra el precepto divino; y asimismo, para pagar por tus libertades y alentarte á la mortificación y á sufrir algún encerramiento y estrechura en la habitación. ¡Oh Verbo eterno encarnado! Gracias os doy por la entrada que hicisteis en el mundo

¹ Psalm. xxxix, 7. — ² Hebr., ii, 17.

sufriendo tan estrecha cárcel y tan larga y prolija mortificación de vuestra carne; por ella os suplico me libréis de la eterna cárcel del infierno y de la molesta prisión de mis vicios, ayudándome á enfrenar mis sentidos y á dominar mis pasiones desordenadas. ¿Hemos conocido los ejemplos de amor, humildad y abnegación que nos da Jesús, naciendo niño? ¿Los imitamos como debemos?

Epílogo y coloquios. ¡Qué contento tuvo la Santísima Trinidad en el instante en que la segunda Persona tomó carne humana en el seno de María! Sin duda que el Padre Eterno se alegró, al ver vestido con aquel nuevo traje á su Hijo divino; el Verbo eterno se alegró viéndose revestido con nuestra naturaleza, de la cual jamás había de separarse; el Espíritu Santo se alegró viendo realizada aquella obra en que más brilla su infinita bondad y amor. ¿Quién podrá medir el gozo de la humanidad santísima de Jesús viéndose unida personalmente con el mismo Dios? ¿Quién podrá imaginar el gozo de María, contemplándose Madre de su mismo Criador? Y nosotros, ¿no nos alegramos? ¿No participamos de este gozo purísimo por la parte que nos toca? El Verbo divino quiere unir á sí un cuerpo mortal y pasible, aunque naturalmente había de haber sido impasible é inmortal, ya por no haber sido concebido en pecado, ya por estar unido á un alma en estado glorioso y bienaventurada; mas hace este nuevo milagro para poder padecer, para darnos ejemplos de virtud y mostrarnos su amor. Del propio modo quiere asumir un cuerpo de niño para enseñarnos la humildad y la mortificación, y hacerse en todo semejante á sus hermanos. ¿Cómo no procuramos nosotros hacernos semejantes á Él? ¿Por qué no imitamos sus virtudes y no amamos su bondad infinita? ¿Qué nos conviene hacer en lo sucesivo? ¿Vacilaremos en aceptar penas, deshonras, sacrificios, por amor á Jesús? No seamos tan ingratos á este dulce Salvador. Antes resolvámonos con eficaces propósitos á corresponder á sus bondades, y pidámosle con amorosos coloquios ésta y demás gracias.

33.—EXCELENCIA DEL ALMA DE CRISTO.

PRELUDIO 1.º El alma de Cristo en el primer instante de su creación tuvo la mayor excelencia que puede tener una pura criatura, y ejerció en el grado más heroico todas las virtudes.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús diciéndote: «En mí está toda la gracia del camino y de la verdad, y toda esperanza de vida y virtud».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer las excelencias y virtudes del alma de Jesús, y honrarla é imitarla del modo posible.

Punto 1.º *Gracias que recibió el alma de Cristo en la creación.*—Considera en este punto las gracias soberanas que el Señor concedió al alma santísima de Cristo en el instante de su creación. Pueden reducirse á siete cabezas: Primera, pureza in-

mensa, de modo que ni pecó¹, ni pudo pecar, ni errar, ni engañarse, ni tener imperfección ninguna que desdijese de esta pureza y limpieza de corazón; porque era Cordero de Dios, no terreno, sino celestial; Cordero sin mancha², que venía á quitar los pecados del mundo. Segunda, santidad perfectísima, la cual excedió incomparablemente á la de todos los ángeles y hombres juntos; del propio modo poseía la caridad, humildad y obediencia, con todas las demás virtudes, pudiéndose llamar propiamente el santo de los santos³. Tercera, gracia consumada, que es la bienaventuranza y visión beatífica, viendo desde aquel instante á la divina esencia con mayor claridad que todos los Santos; y á esta proporción amó á Dios, y se gozó con gozo inmenso. Cuarta, poseyó todos los tesoros⁴ de la sabiduría y ciencia de Dios, no divididos, sino juntos, conociendo todas las cosas pasadas, presentes y por venir, para poder ser juez universal de todos. Quinta, tuvo la potestad de hacer milagros sin tasa alguna, ni en el número, ni en la grandeza, ni en el modo. Sexta, tuvo también la potestad de excelencia en perdonar pecados⁵, convertir pecadores, trocar sus corazones, ordenar sacramentos y sacrificios, y repartir gracias y dones sobrenaturales á los hombres. Séptima, hizo la cabeza⁶ de la Iglesia, así militante como triunfante, de los hombres y ángeles, y fuente de todas las bendiciones celestiales. Por estas siete prerrogativas y excelencias, has de bendecir con toda tu alma á Dios que se las dió, y á esta dichosa alma que las posee, suplicándola que las emplee en favor tuyo. ¡Oh Hijo de Dios vivo! Gózome de veros tan hermoso sobre todos los hijos de los hombres⁷, blanco y colorado, escogido entre millares. ¡Oh piedra viva y angular! ¡Cuán vistosa estáis con estos siete ojos de inmenso resplandor que puso en Vos la mano de vuestro Padre! ¡Oh Verbo encarnado, lleno de gracia y verdad!; pues de vuestra plenitud⁸ reciben los hombres una gracia por otra, cada uno la suya; llenad mi alma de esta gracia, para que con ella os agrade y merezca el premio de la gloria. ¿Conocemos nosotros las excelencias del alma de Cristo? ¿La honramos del modo que es justo? ¿Deseamos participar de los bienes que ella derrama á los hombres?

Punto 2.º *Virtudes que el alma de Cristo ejerció en el primer instante de su existencia.*—En este punto has de considerar los heroicos actos de virtud que practicó el alma de Jesucristo en el primer momento de su existencia, ya para con Dios, ya para con el prójimo. Primeramente, como vió con toda claridad la divina esencia y los innumerables beneficios que graciosamente había recibido sin mérito suyo, al punto brotó con grande ímpetu cuatro excelentes afectos, como cuatro ríos que salen del paraíso; es á saber: un amor encendidísimo á Dios, un agrade-

¹ I Petr., II, 22. — ² Joan., I, 29. — ³ Dan., IX, 24. — ⁴ Colos., II, 3.

⁵ Matth., IX, 2. — ⁶ Colos., II, 10; Ephes., I, 10. — ⁷ Psalm. XLIV, 3. — ⁸ Joan., I, 16.